

Mariano Latorre

Cavinza

I

Sommer y la leyenda

Mariano Latorre es uno de los escritores chilenos más estudiosos. Realiza, en la medida de lo posible dentro de nuestro ambiente, el ideal del «hombre de letras», al cual no es ajeno aspecto alguno de la vida literaria y que ha hecho de su profesión el objetivo cardinal de su existencia.

Pues bien, este escritor, siempre atento a las novedades literarias, inicia con el relato que a continuación se inserta una fase nueva de su labor. «Cavinza» es una novela corta en que se funden con arte sumo y con liviana intención la realidad y la fantasía más delicada. No es frecuente hallar en nuestra literatura algo tan sugestivo, tan atinadamente encantador como este trabajo.

Por sus proporciones, «Cavinza» será publicado en dos números seguidos de ATENEA.

LA primera noción real, objetiva, que tuve sobre la caleta de Molco, fué la aparición de aquel muchacho tímido, cuyo larguísimo cuerpo terminado en una cabeza de pelo rojo, se destacó en el patio de la casa, bajo el brazo la bolsita de ñocha de la que salía la cola oscura de un enorme congrio, una mañana del mes de Enero.

La casualidad me hizo levantar la blanca cortinilla de mi dormitorio y ver aquella osamenta extraordinaria, caída de clavículas, que entregaba a la india Juana Epuin el enorme congrio de Molco.

Había saboreado muchas veces la corvina al horno o las rodajas doradas del congrio sin darme cuenta que, a dos leguas de la hijuela, había una caleta solitaria y en la caleta, una colonia de pescadores; sin embargo, era el tercer verano que mis ojos miraban el paisaje boscoso de esta tierra austral, en cuyas vegas, que el pasto oவில் cubre todos los años con una alfombra verde gay, quedaba uno que otro pedestal de la antigua selva, blanco como un esqueleto y tosco como un ídolo guillatún: mil animales de recto lomo inclinaban sus gruesos cuellos sobre la pradera y bebían el agua verdeante del Molco, a fuerza de reflejar los quilatares de esmeralda o el verde oscuro de las pitras, rojeadas de copihues.

Era el tercer verano que estrechaba las manos recias, duras, de Emilio Sommer, dueño de aquellas vegas del Molco que limitaban cerros azules, redondeados, en cuyo lomo los árboles secos parecían lanzas mapuches que intentasen un malón al valle. Sommer la había heredado de su padre, hijo de un colono sajón a quien Pérez Rosales radicó en medio de una reducción indígena.

Era el tercer verano y nunca el mar me habló como aquella mañana de Enero en que vi al muchacho rojo, de tímidos ojos grises y de cara cubierta de pecas, que parecían salpicaduras de las abundantes mechas del color de las tejuelas de la casa de Sommer.

Recordé, ahora, el vuelo blanco de unas gaviotas que emigraban, no sé por qué, una mañana hacia las cordilleras, siguiendo el cajón del Molco; y recordé que, bogando en el riacho, al menor descuido, la canoa cambiaba de dirección y corría río abajo como si la atrajese una fuerza misteriosa. Lo supe después: el recio embate del mar en la playa era un latido casi imperceptible al ascender al corazón de la vieja tierra de Molco, por la arteria de su río.

Sommer despertó aún más mi curiosidad, al decirme que en ese trozo de costa se habían refugiado los últimos restos de la raza indígena que, en las pampas de Molco, sembró el magüey y cazó venados.

Logré, una mañana, hacer sonreír aquella cara pecosa, de pómulos salientes y lustrosos, que miraba de lo alto con no sé qué expresión de lejanía. Era un personaje extraño, sin duda, con sus brazos desmesurados que remataban dos manos enormes y huesudas; los mechones mohosos salían por entre las orejas como brochas gastadas y dos pies, sin ojotas, de abiertos dedos blanquinosos, recordaban las membranas pálidas de las pollollas y taguas de los remansos.

Era un alma simple, sin ideas ni sentimientos. Por lo menos así me lo pareció entonces. Me dijo que su nombre era *Peiro Huenufil*, pero todos le decían Cavinza. No supo darme el origen del apodo. A su padre y a todos los de su casa los llamaban así.

Sommer fué el que me lo explicó días después, a una pregunta mía.

—Los han llamado así siempre. Ojos de cavinza, o Cavinza solo. Casi todos los Huenufil tienen ojos azules, como el chiquillo, por un pescadito que hay en la costa que tiene unos ojos azules grandes, como bolitas.

La cara roja de mi amigo, barnizada por el sol del sur, no parecía guardar más noticias sobre esta familia de rostro cobrizo donde se habían posado como mariposas de leyenda, unas pupilas azules desconocidas.

Sommer, siempre preocupado de sus trabajos, iba en busca de su caballo que lo aguardaba a dos pasos de la casa, en el cobertizo adosado a una mediagua, donde estaba el motor de la hijuela.

Lo detuve para preguntarle, impaciente:

—¿Y tú no sabes por qué tiene los ojos azules?

Las facciones acentuadas de Sommer se achicaron para dar paso a una sonrisa franca, bonachona, fuerte. Divertíale esta curiosidad mía por las costumbres de los inquilinos.

—Tú piensas que esos ojos son alemanes. Lo mismo pensé yo al principio. Mi abuelo vivió solo muchos años en el campo. ¡No habría tenido nada de raro! Pero no fué así. Llegó casado y le bastó su mujer. Yo he venido a darme cuenta sólo este invierno, por los mismos pescadores. Algunos años vienen a buscar trabajo a la hijuela, porque el pescado emigra al norte, por el motivo del frío.

En la cocina, un tal Cochecho, José Epuin, hermano de la cocinera, contaba que *los ojos de cavinza* vienen de un marinero noruego, que al naufragar su buque en las costas se quebró un brazo; los compañeros no pudieron llevarlo a Corral y se alojó en el rancho de los Huenufil, que es el que está más cerca de la playa. Entonces me acordé de algo que le oí a mi abuelo. El marino estuvo dos o tres meses en la caleta, contaba el viejo. Dicen que llevaba en la oreja derecha un aro de oro como los piratas y que era colorín. Un día desapareció y no se le volvió a ver.

Te contaré que las mujeres Huenufil han tenido fama de bonitas en Molco. Se han casado muy bien. Son más altas y de pelo menos tieso que las otras indias.

Mi abuelo me contó, además, que no pudieron reflotar el velero. Todavía se ve la proa en la baja marea. El resto se lo llevaron los pescadores para sus ranchos.

Anda a la playa. Huenufil me debe unos pesos del invierno y me los está abonando con corvinas y congrios. Te convidará a almorzar. La hija hace un caldillo de primer orden. Y te contará historias de cuando era marinero de la Escuadra.

Sommer puso el rendaje a su caballo y montó ágilmente. Lo vi desaparecer tras el ángulo del cobertizo donde estaba el motor, la trilladora y el banco de aserrar, base primera de la explotación del fundo. Más allá de la casa, cuyos balcones cubrían enredaderas, más allá del manzanar, dorado de frutas, estaban los corrales y los macizos galpones donde las indias, en cuclillas, ordeñaban quinientas vacas rojas todas las mañanas.

CAVINZA

Al día siguiente, Lumaco, así llamaban al campero encargado de los caballos, me acompañó hasta la falda del cerro, que, como una hosca muralla oscura, separa la costa del valle plano que riega el río.

Oro transparente y puro bañaba el verdor de los potreros que punteaban los óvalos rojos de los animales. Fulgían los trigales color de sol. En pocos minutos llegamos a la cumbre. Venía del mar, aún invisible, un viento duro que, poco a poco, se fué corporizando hasta tornarse en un precipitado torbellino de nieblas que, al tocar mi cara, me pareció el roce de millones de alas, empapadas de alba.

Caminé a tientas largo rato. No veía delante de mí sino un pedazo rojo de camino y la muralla negra de los boldales donde las nieblas se introducían ciegamente.

Creí que no vería la caleta desde la cumbre, como era mi deseo; pero las nieblas empezaron a ralear. El sol, adormilado, friolento, pareció dominarlas. El mar las atrajo hacia su seno, de nuevo, menos las que se bebió la selva virgen.

Oí de súbito el ronco estruendo de las olas a lo largo de la playa; pero aún la niebla rosada corría por la orilla y no la distinguí sino al bajar al plano. Faja de oro claro donde la marea bordaba una cinta de nieve frágil y movible que, a ratos, era recta como el horizonte o en media luna como la playa o dentada como el lomo disparejo de los arrecifes.

Esta faja de oro terminaba bruscamente entre matorrales hoscos, endurecidos por el aire salino. Árboles de follaje quebrajoso y ralo, de troncos anillados como culebras, marcaban el límite de las arenas.

El mar era, a esta hora matinal, de un azul intenso, apenas rizado por ligeros borbotones reidores: el arco dorado de la bahía cerrábanlo negros bloques de rocas que la ola azotaba con violentos golpes de espuma.

Innumerables gaviotas, desordenadas y gritonas, revoloteaban

al ras de las olas: una barqueta roja balanceaba acompasadamente su mástil, apenas una raya imperceptible en el aire empapado de luz.

Por un instante los boldos de la arena me ocultaron la playa y el mar; pero de improviso la ví muy cerca, casi en los cascos de mi caballo; y detrás de los árboles, los ranchos sórdidos de estos mapuches que la necesidad tornó en pescadores. No guardaban orden alguno; seguían la sinuosidad de la tierra negra y casi se fundían en ella, sus toscas paredes de colihue y las mechas cenizas de sus techos de paja ratonera. Las redes, acribilladas de los puntos negros de los boyantes de cardón, sobre pértigas nudosas, formaban un muro débil frente a ellos. A veces se asomaba la cabeza puntiaguda de un bote en arreglo bajo un corredor o reía el costillar de otro inservible, botado en la arena.

Al acercarme vi chiquillos de enorme cabeza negra, y cuerpo de cobre, cubierto con un trapo en las ingles, que se hundían en la boca oscura de los ranchos, con una agilidad ratonil, apenas me divisaban.

Perros lanudos o pelados, grandes como lobos o insignificantes como conejos, salían de los huertos y se precipitaban ladrando a las patas traseras de mi caballo.

Al borde mismo de las arenas, cerca de las rocas, había un rancho que, a primera vista, me pareció más grande que los otros. Supuse que sería la casa de Huenupil. Cerca vi que eran varias casuchas, especie de ramadas que se apoyaban en una casa de tablas sin pintar. Por encima de los holcones subían los colihues elásticos de las quilas; en el huerto, lustrosa como una felpa, las docas se apretaban en soberbias crespaturas verdes claras.

Bajo una ramada había una vieja. Usaba un traje muy semejante al chamal nativo. Hilaba pacienzudamente y sus dedos secos, largos, torpes, parecían arañas que echasen al aire el hilo gris del copo de lana.

A pesar de los ladridos de los perros, tan abundantes aquí como en los demás ranchos, la vieja no levantó su cabeza entrecana.

Durante algunos minutos la vi torcer con torpeza los cadejos de lana de oveja. Era, sin duda, una india auténtica; una india octogenaria. Las facciones no eran, sin embargo, toscas. Había cierta proporción en la cara casi menuda, de ojos levemente almendrados.

¿Sería ésta la antecesora? ¿La india esbelta que cuidó al marino noruego y dió origen, en la playa de Molco, a los *ojos de cavinza*?

Sommer nada me dijo sobre si aún existía la muchacha que, setenta años antes, cuidó al náufrago herido que el azar arrojó a la arena de Molco y prendió una llama de amor animal, sin palabras, en un alma primitiva.

Podía ser esta anciana la antecesora. Podía ser.

La saludé cortésmente. No obtuve respuesta. Ni siquiera volvió la cara. Grité casi, avanzando mi caballo hasta el cobertizo.

—¿Es ésta la casa de Huenafil?

Torció despaciosamente la cara, sin mirarme. Oí una voz delgada, un rosario de trinitos de chincol o de diuca: auténtica voz de india.

—Pa la playa, esmallando.

Era, sin duda, ella. Sus palabras indecisas, a causa del castellano a medio digerir, me lo decían.

Avancé por la playa un trecho. Pasado el rancho, el arco de la caleta veíase íntegro, con su movible decoración de espumas y gaviotas.

Los pescadores habían vuelto ya de Corral, donde dejaban la mayor parte de su pesca. Los diez botes de Molco estaban en seco y sus cascos esbeltos, de líneas semejantes al huidizo contorno de los peces, pintaban en la tabla clara de la playa sus manchas rojas o verdes, con los números oscuros de su matrícula en la proa.

Bajaba la marea: las sábanas de espuma bullidora recogíanse cada vez más, ensanchando la playa.

Los pescadores limpiaban sus redes que, semejantes a montones de tierra húmeda, lentejuelada de escamas, sobresalía de

la borda de los botes. Las mujeres y los chiquillos los ayudaban en la tarea de desenmallar. Oíanse entre los botes gruñidos de perros, peleándose una cabeza de corvina y en el aire, claro graznido de gaviofas disputándose unas tripas.

Me bajé del caballo para buscar a Huenafil. No lo conocía, pero cerca de él debía estar Cavinza, que era el marinero de su barca.

Atrajo mi atención un mocetón de anchos hombros, que cubría una camiseta sucia, sin mangas y que los músculos pectorales habían reventado, dejando al descubierto relieves de bronce.

Se dirigía a un muchacho que era su contraste por la delgadez del cuerpo y el pecho hundido.

—¡Hay que ver! ¡No agarrar más que pancoras!

—Y soldados, que son pura agua, respondió el otro, su socio en la pesca.

Extendía, al hablar, la red oscura que el muchacho recibía y plegaba con cuidado. Entre la maraña de las mallas movíanse las patas torpes de las pancoras, de un rosa anémico. Continuo agitarse de pinzas histéricas. El mocetón las cogía hábilmente de la articulación, ¡crac! ¡crac!, y las jaivas, mutiladas, caían al fondo del bote.

—On Cavinza sacó la red feñiita de corvinas, ¡llegaba a blanquiar!

De otro bote, a algunos metros, se oyó una voz ronca de vieja:

—El gato li'habrá treido la suerte.

—D'ionde si'ha visto un gato que no quiera bajar a tierra,— dice un hombre que, dentro de su bote, arroja el agua embarcada con una calabaza.

—Y di'hai será por qué no lu'han bajao nunca a la playa—dice el mocetón.

—Ese gato es cosa e bruja—sentencia la vieja.

—Pucha, la pulguilla li'ha comío toa la escama a la corvina—se oye una voz, en una tregua de las conversaciones, del mar, de los perros y de las gaviofas.

—¡Y yo pura cavinza! ¡Si hubieran sólo cavinzones siquieral Es un niño el que dice esto en el otro extremo. Me acerco, porque deseo conocer al pequeño pez de grandes ojos grises que ha dado su origen al nombre de los Huenufil.

Están en el fondo de una enorme red. Son pequeños puñalitos de plata, con su plomiso color de alta mar, de aguas en movimiento; los ojos, sí, son enormes. Ocupan la pequeña cabeza puntiaguda, con un ribete oscuro como el carey de un antejo.

Busco al niño en la playa. No se ve su cabeza roja entre las cabezas de carbón, erizadas y ásperas, que se inclinan o se yerguen en las actitudes perezosas de limpiar las redes o lavar los botes. Las piernas musculosas, iguales las de los hombres a las de las mujeres, parecen clavadas en la arena de oro como pilotes de bronce; por ellos pasa, a menudo, el tímido zarpazo de la baja marea; burbujea dulcemente y vuelve a fundirse, luego, en el borbollón de espumas que se recogen mar adentro.

Distingo, de pronto, a Cavinza, pero no en la playa. Lo veo solo, aislado, entre los boldos de la orilla. Brilla al sol su cabeza de cobre. ¡El sol del sur! Aguada de oro cristalino que empapa los cerros negros y las dunas doradas, donde el viento ha sacado, en comandita con el estero, la arena para formar la playa.

Avanzo a su encuentro. Al verme se deliende y se pinta en su actitud la indecisión. Se me ocurre que al muchacho lo sorprende la llegada del huésped de Sommer, que él nunca se imaginó en la playa.

Para romper el embarazo del encuentro, le pregunto:

—¿Y tu padre?

Contesta con precipitación, señalando la escuadra de botes con el dedo:

—Pa'allá, pa'al sure.

Y tengo, de pronto, una revelación al ver al muchacho de lado. Su aspecto harapiento, innoble, desaparece. La nariz recta, el dibujo de la boca y la barbilla redondeada evocan un perfil del norte. Me dan violentos deseos de levantar las abundantes

mechas rojizas que agrandan la cabeza, para descubrir la frente que me imagino amplia, soñadora, como la de un héroe de Selma Lagerlof.

El muchacho no avanza un paso, como si la fijeza de mi atención lo inmovilizara. Observo ahora el gastado jersey de marino que cubre su cuerpo; los enormes pies, abiertos como palpos de jaivas, donde blanquea el ribete calloso que evoca las patas de los pájaros del agua, Cuelga de su mano, por un aro de alambre, una olleta de greda.

—Llévame a donde esté tu padre—le digo

Sus largas piernas muévense con una rapidez angulosa de zancos, por la arena. Es ridícula esa desproporcionada armazón de huesos, pero se piensa que el ejercicio y la edad cubrirán la osamenta sin gracia, de fuertes músculos; y con los músculos un alma nueva abrirá sus alas. Ya fermenta en el agua quieta de los *ojos de cavinza*, La caleta ha de ser un marco estrecho para ella, con sus ranchos ruinosos y su vida sórdida.

Para romper el silencio, le pregunto:

—¿Y para quién es esa olla de comida?

Sus ojos se levantan; sonríen sus labios. Hay en todo él una visible actitud de incredulidad; pero recapacita luego y, bajando la cabeza, me contesta con esta voz desganada, a ratos aguda, a ratos ronca, que tan bien da idea de lo que se está formando y que tan bien ajusta con sus pómulos salientes, sus piernas desmesuradas y sus hombros puntiagudos:

—Pa Maigo.

Lo miro un segundo con perplejidad. Ese nombre es para mí una sorpresa. Termino por preguntarle:

—¿Y quién es Maigo?

Esta vez me responde sobre la marcha, señalando el mar con un gesto cómico del mentón:

—El gato el taita.

Caminamos algunos instantes sin hablar. Mi atención se fija morbosamente en este nombre raro, típico, como el grito del chucao o el chirrido agrio de las pollollas de los pajonales. ¿Qué gato es éste a quien se le lleva la pitanza como a un

perro atado a la cadena? ¿Dónde está, si es de Huenufil, que el niño lleva la comida hacia la playa?

Vuelvo a interrogar a Cavinza. Me contesta sobriamente:

—A «La Pinta».

Ahora pienso en «La Pinta». ¿Qué es La Pinta? ¿Dónde está? Lo raro es que no me atrevo a preguntar de nuevo al niño, a pesar de mi curiosidad. Oigo, irritado, el ruido de mis zapatos en la áspera arena amarilla; pero esto me decide. Le pregunto impetuosamente qué es La Pinta; y esta vez los ojos de Cavinza me miran con un asombro incrédulo. Se inicia una sonrisa, una sonrisa equívoca que fuerce un poco su boca y se abre en la mirada clara, asombrada. Parece decirme: ¿de dónde viene Ud. que no sabe quién es Maigo y adónde está? Su mirada abarca toda mi persona. Es indudable que el traje de sport y las polainas de montar justifican mi ignorancia. Explica condescendiente:

—P'allá, p'al lao e «La Puntilla» está fondiá...

Y miró hacia el norte. «La Puntilla» es una aglomeración de rocas, semejantes a sillares, oscurecidos con las yerbas marinas; la espuma hierve entre los huecos que dejan los pedrones; corre por encima de ellos con la celeridad de blancas culebrillas asustadas: gaviotas de nieve o yecos de lúnebre negror rematan las aristas de las rocas más altas; pero allí el mar se arremansa, la marea detiene su furia invasora. Amarrada a dos boyas, balancea su mástil delgado «La Pinta», la barca de Huenufil, la única barca de la caleta.

Cavinza me dice de pronto:

—¡Ahí viene!—y apresura el paso hacia la playa con una precipitación irreflexiva.

No lo ha nombrado, pero adivino que se refiere a su padre. Viene directamente hacia mí: sin vacilaciones.

Es pequeño, mucho más bajo que el hijo. Tórax ancho de remador; las piernas cortas. La cara cetrina la invade una barba espesa. El jersey y la chaqueta de hule sobre él le dan el aspecto de un marinero.

Una sonrisa satisfecha clarea sus facciones, empequeñecidas

por la barba de soldado español, cuando yo le tiendo la mano.

—Vengo—le digo—de casa de Sommer a conocer la caleta.

Retiene mi mano un segundo, sin embarazo alguno, y observa:

—Vi al *Futre* amarrado a aquel boldo; y pensé: el caballero de Santiago ha de ser.

Se adelantó unos pasos, después de un amable «Con permiso» y fué en busca del caballo, adormilado, a esta hora del mediodía, bajo el boldo marino.

Los pescadores y sus mujeres y sus perros de increíbles colores y tamaños, volvían a sus ranchos, al hombro las redes, a las cuales el jugo del lingue da ese color de tierra húmeda.

El mar ha perdido su color azul, salpicado de niveos borbotones. Chispea, ahora, en toda su superficie como si las aguas densas estuviesen en fusión. Descansan las gaviotas. Los botes rojos o verdes parecen amodorrados, con su proa clavada en la arena resplandeciente.

El mar, bajo el sopor de la baja marea, da la impresión de estar dormido.

Huenufil me invita a su casa. Lleva al caballo de tiro. Alcanzo a divisar, antes de atravesar la puerta, la silueta de Cavinza, que, a la singla, en su bote pequeñito, atraviesa el remanso de La Puntilla y se dirige a la barca. Vuelvo a pensar en este gato que vive a bordo y a quien hay que ir a dejar la comida todos los días.

LA CASA DE HUENUFIL

La choza de Huenufil ha ido evolucionando poco a poco de la ruca primitiva a la casa de campo del sur, de tablazón tinglada y postigos exteriores. Huenufil la ha ido transformando mediante sus recuerdos del norte y lo que ha visto en Molco. La casa de Sommer le ha servido de modelo; sin embargo, al cuadrado de madera sin pintar lo rodean ramadas y ranchos antiguos que sirven de cocina y de cuartos para guardar las redes y espineles: en esta última habitación, sujeta con correí-

llas al recio hualle de la quincha, he visto una puerta desusada, angosta y baja. Hay aún rastros de barniz: una perilla jaspeada destaca en la cerradura mohosa.

La miro un instante con fijeza, como si fuese un viejo conocido que los años han cambiado. Sí, no cabe duda: es la puerta de un camarote. ¡La puerta del velero naufragado que, según Sommer, los indios fueron desguarneciendo poco a poco! Leña para las fogatas, tablas para tapar los agujeros de sus rucas, hierro y clavos para componer sus botes. ¡Durante años el velero dió para todo!

Recuerdo de improviso las palabras de Sommer: *todavía se ve la proa en la baja marea*. Y me entra violento deseo de mirar hacia la playa para ver, por mis propios ojos, la roda del velero.

Bajo una de estas ramadas hemos saboreado el caldillo de congrio: espeso, sabroso, nutritivo.

Huenufil ha asimilado, durante su estada a bordo, ciertas maneras cultivadas.

—A este caldillo le falta el ají—observa—pero en el sur son tan tardíos. Continúas que estos ratones de playa no me han dejado plantita en la huerta.

Las maneras adquiridas se conservan, pero las palabras permanecen las mismas, es decir, el mapuche se ha cambiado por el lenguaje del pueblo; sin embargo, advierto, como algo desusado, que el sombrero permanece en su cabeza. No lo entiendo.

Hace los honores del buen almuerzo marinero con cierto dejo de hombre contento de vivir, a quien la prosperidad ha sonreído.

Una muchacha morena, descalza, de ágiles movimientos, ha entrado dos veces a la ramada a dejar el caldo y el pan. Es graciosa la cabecita de arcilla, rasgada por dos ojos ovalados como los de una mora. Es hermana de Cavinza. Nada hay de común, sin embargo, entre ambos. La niña se inclina a la abuela; ¿tal vez la vieja que hila frente a la cabaña? Cavinza al abuelo de raza blanca.

Huenufil, a una pregunta mía, me da noticias:

—Nu'es la abuela de los niños. Es l'hermana mayor de mi maire. La abuela murió cuantu'ha con la maire en una pidemia e peste que acabó con toos los pescadores caleteros.

Pero la imaginación, sobre la marcha, me hace concebir a la antecesora como esta muchacha. Las Huenafil han tenido fama de bonitas, recuerdo las palabras de mi amigo. En la muchacha hay algo de agreste, de fruta sabrosa de cerros que las otras mujeres no poseen. Masas de arcilla a medio modelar, de tias cabelleras y enormes espaldas masculinas. Mujeres que reman aún en los botes y antes derribaron los robles en la hijuela de Sommer.

Fresco es el aliento del mar, templado por el sol. Me invade un dulce amodorramiento. Huenafil se ha ido al interior a no sé qué y me tiendo en el banco a mis anchas, mirando el chispeo de las aguas abrasadas por la luz.

Mi vista se detiene, de pronto, en un brazo negro, arqueado, que emerge de las aguas de oro. Es, sin duda, la roda del velero náufrago. Brilla al sol su viejo forro de algas lustrosas y lacias. Un cuervo de largo cuello, parado en el extremo, ensaya los resortes de sus alas negras.

Sin esfuerzo, me represento el casco del velero tumbado, agonizante en el turbión de espumas del temporal. Veo sus quebrados masteleros, sus velas desgarradas; y sin esfuerzo me imagino los rubios tripulantes desembarcando, calados de agua, ante el asombro de la tribu de Molco que ha abandonado sus rucas para asistir al inesperado espectáculo y agradecer, con gritos salvajes, el botín que el mar les arroja en el buque destrozado e inútil.

Entre los marineros que llegan, al noruego herido, rojo como un viking, que, con el brazo quebrado, permaneció durante meses en la choza del Huenafil de aquellos tiempos y cuyo nombre se ha perdido. Por donde sus compañeros se marcharon para siempre, el marinero se fué también sin que el azar lo trajese de nuevo al sur de Chile; sin embargo, su sangre corrió por las venas de esta familia y el azul aventurero de sus ojos,

empapados de cielos desconocidos, se fijó también entre pestañas oscuras y párpados de bronce.

Oigo voces en la playa. Me incorporo. Huenufil padre y Cavinza se acercan a la ramada donde está el huésped. El muchacho me hace real, objetivo, mi ensueño reciente. Reaparece en él el antecesor del norte, como si dos generaciones, al cruzarse, hubieran eliminado las cerdas color de maqui y la piel de cobrizo lustre.

El viejo y el muchacho vienen discutiendo de algo que no entiendo. Vuelvo a oír, otra vez, el nombre de Maigo, el gato que vive en La Pinta.

La voz del viejo es mandona, autoritaria; humilde la actitud del muchacho.

Al pensar de nuevo en el gato que vive en el mar, he recordado las palabras de los pescadores cuando se quejaban de su mala suerte en la pesca y la comparaban con la de Huenufil. Una superstición aureola a este gato que va tomando, en mi interior, las proporciones de un ser misterioso, de algo así como una mascota de Huenufil o de la caleta entera.

Deseaba preguntarle a Huenufil por el gato, pero no encontraba el medio. Reconcentrados en sí mismos, tímidos, desconfiados, ocultan sus pensamientos, como si temiesen perderlos si los confían a una persona que no es de su raza.

Me aproveché, cuando Huenufil volvió a la casa, de un ratón que, durante el almuerzo, vi pasar varias veces sobre nuestras cabezas, por los travesaños de la ramada. No era un ratón vulgar. Parecía un pelotoncito movable de la rubia arena de la playa; sus orejas eran recortadas como las de un topo.

—¿No le parece don Pedro (así empecé a llamarlo desde entonces), que el gato estará mejor aquí que en la playa? Porque supongo que en «La Pinta» no hay ratones.

Tomó su cara, al oír mi pregunta, una actitud indefinible. Yo no puedo asegurar ahora si fué asombro, modestia o compasión. De todo hubo un poco. Su perplejidad debió ser tal que el sombrero que llevaba encasquetado desde que lo conocí al medio día, se desplazó y vi su calva. Una catva insolente

en este rincón donde predominaban las cabelleras negras, espesas, arraigadas como las ñochas en la tierra arenosa. Me di cuenta por qué no se sacaba el sombrero; su calva no era un signo de respeto en la caleta.

Rascóse los matorrales de pelo oscuro que aún restaban alrededor de las orejas, se metió el sombrero rápidamente en el cráneo, pensando de seguro, que yo podría verlo; y explicó, mirándome con aire socarrón:

—Cuando la mujer del remitente me lo dió en Corral, esa fué mi intención, señor. Me cabía en la mano el gatito y no ejaba e maullar. Pero se le pasó, mire, cuando lo soltamos en «La Pinta». Movía la colita y corría por los bancales hecho un diablo. S'escondió en la popa y se puso como quique cuando lo juimos a llevar. No se dejó tomar por naa. Peiro, el chiquillo, llegó a perder el aliento pa agarrarlo y lo pescó porque se enredó con las uñas en la red y di'áhi se dobló como culebra y con uña y diente le rajuñó la mano. Y qué gritera, señor.

Huenafil imitaba en forma cómica el maullido del gato:

—Mi'ahúgo! Mi'ahúgo! Mi compaire Cochecho, que vive pal lao e Molco ice que el gato ha de estar embrujao cuando habla como cristiano y li'ha de tener mieu a l'agua cuando tan clarito ice que s'ahuga. Di'ahi salió el apelativo. Maigo, lo llaman.

Sus ojos fríos miraban hacia el mar, hacia el remanso de La Puntilla donde se balanceaba suavemente la barca en la que vivía Maigo.

Como se calló de improviso, yo le interrumpí para impedir que un accidente cualquiera dejase mi curiosidad insaciada.

—¿Y por qué el gato ha traído suerte a la caleta?

—Es que antes el pescao si'había juyío e la mar. ¡Pucha los años malos, señor! Los vientos helaos icen que lo corren pa las mares del norte. Contra ná calamos las redes. ¡Ni tiznás salían! Y cuando se emmallaba una corviña la pulguilla e mar le comía toda la escama y la jaiva no dejaba más que el hueso del pescao. ¡Hasta el lobo nos rompía las redes! ¡Se conoce que tenía hambre tamién! Tuvimos que trabajar en la hijuela de on

Sommer para la mantención. Y ahora las rées salen blanquiá-tas. Toos sacan pa la mantención en la caleta.

Y como si de pronto viniese un recuerdo a su memoria que mi pensamiento reavivaba, agregó:

—¡A on Sommer le pagamos con pescao lo que nos fió en el invierno!

Miré con curiosidad hacia el remanso de La Puntilla, pero rocas y aguas parecían fundidas en el aire vibrante de luz. No se veía la barca de Huenufil. Aquella tarde no divisé el perfil de este gato diabólico, en el capricho de cuya suerte los primitivos pescadores de Molco habían puesto su porvenir. Esclavizábanse a él. Era como un pequeño dios que el azar les arrojaba para reemplazar los ídolos mapuches ya abandonados en los viejos cementerios. Cavinza, sobre todo, que era el encargado de su custodia.

Empezaba a desperezarse el mar cuando atrevesé el plan, al costado de las rucas chatas, entre el ladrido de los innumerables quilltros y perros de los pescadores.

La amplia sinfonía de la marea llegaba a la caleta con el sordo compás del oleaje. Los gritos de las gaviotas, vueltas a su actividad, con el despertar de las espumas, eran como piz-zicatos de bárbaros instrumentos. Olas tumultuosas, de rojas cimeras azotaban la playa con precipitado empuje; y en la línea del horizonte, el disco del sol, de un rojo de sangre nueva, iba asentándose sobre sí mismo, a manera de una masa que afloja, poco a poco, la cohesión de sus moléculas.

La noche clara y lejana estrelleó, de pronto, sobre la noche densa y olorosa de la selva donde penetraba al franco del caballo. Una luciérnaga trazó, a ras de tierra, un tímido arco de luz. No vi ninguna más.

(Continuará)